

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Antonio Escribano Belmonte

Cuentos costeños.

El autor de estos cuentos es completamente desconocido en nuestro ambiente cultural. Lo que no significa que su obra literaria que acaba de presentar a la curiosidad pública, carezca de interés. No se trata de un maestro del cuento, ni cosa parecida. Pero es preciso aceptar, en honor a la verdad, que este ciudadano español, residente por largos años en Barranquilla, ha estudiado el medio de la costa atlántica mejor que muchos de los escritores vernáculos. En todo esto se encuentra el don de observación, el interés por el medio en el cual ha desenvuelto su actividad el autor de *Cuentos costeños*.

Es lástima que muchos de sus cuentos no se encuentren espurgados de palabrotas, jerga pueblerina que no agrega nada nuevo al relato. Pero no puede desconocerse que Escribano Belmonte tiene condiciones de escritor. Aunque todavía no haya desarrollado suficientemente sus talentos que son varios: el pictórico, el descriptivo, el del "suspense". Porque precisamente lo importante en estos cuentos es la capacidad del autor para penetrar sus relatos de cierta atmósfera de espera, de ansiedad. No es monocrorde como suponen algunos. Es rico en situaciones, que, mejor llevadas, le darían un sitio de importancia en la literatura nacional.

El género del cuento es muy difícil. Y pintar ambientes, sin falsearlos, más duro aún. Pues bien: el autor de estos cuentos sabe conducirnos a la Costa, con su tipicidad, su caliente sabor, su vida anímica. Conoce bien la psicología de sus personajes y no abusa de sus condiciones de narrador. En suma, nos ha entregado verdaderos cuentos de la Costa, que no tendrían otro lugar para su escenificación que ese mundo que se mueve cerca al océano y que parece impregnado de sus yodos, sus sales, sus acres interjecciones. Sabe el autor ahondar en una mina casi inexplorada. Y esto es decir mucho en tratándose de un español que no tendría por qué conocer a fondo nuestra peculiar idiosincrasia. Pero que como todo español, siente bullir en la sangre todo aquello que es anímico, agorero, templado por el seco viento de la tragedia.

Ahí está la pícara vida, repleta de situaciones paradójales, salpicada por las sales del humor, un mundo abigarrado y heteróclito que Escribano Belmonte nos trae en estas páginas ardorosas, de un sabor tropical que es de cepa inconfundible.

Ha nacido un verdadero cuentista, se puede decir al terminar de leer el último de los cuentos del escritor español que ha logrado compenetrarse tan hondamente con nuestro quehacer vital.

Humberto Jaramillo Angel

Letras y letrados.—Biblioteca de Escritores Caldenses.

Como volumen 10 de la Biblioteca de Escritores Caldenses, se ha publicado este libro que su autor, Humberto Jaramillo Angel, llama de Ensayos. En puridad de verdad, el vocablo no está bien empleado. Porque no se trata de aproximaciones en torno de realidades literarias, sino de encendidos elogios a un grupo de escritores del departamento de Caldas. Pero elogios en toda la acepción del vocablo. Su autor, escritor noble y generoso, quiso verlo todo con lentes desmesurados. Por eso mismo llueven los epítetos consagratorios. Sin tasa, sin medida, hasta donde alcanza la respiración. Los vocablos más tornasolados, las comparaciones más desorbitadas, todo ello enmarcado en una furia de elementos sensoriales que dice mucho de las condiciones de gran malabarista literario del autor.

En estos elogios francamente se ha dejado llevar por un entusiasmo, una generosidad mental de hijo pródigo. Y no es que nosotros desconozcamos los méritos literarios de la mayoría de los escritores comentados. En absoluto. Pero lo que sucede es que no podríamos honestamente hablar de genios, de super-hombres de la literatura, donde solamente tenemos las aproximaciones y resonancias de todo lo colombiano. El genio no ha nacido aún en Colombia. Es un producto demasiado elaborado, como para que podamos considerar que alguno de nuestros escritores tiene sus peculiares condiciones.

Es preciso economizar lenguaje, darle a los vocablos su exacto contenido, si no queremos que se sigan desvalorizando todas las palabras del diccionario. En verdad, somos apenas modestos trabajadores de la inteligencia y es posible que nuestra obra quede sepultada por el tiempo inmediatamente posterior a nuestra muerte.

Algunos de los escritores a quienes Jaramillo Angel trata con tanta admiración, acaso hubieran podido dejarnos una obra perdurable. Pero derivaron hacia la política y en ella perdieron la batalla campal por las bellas letras. Pensamos con melancolía en el frustramiento literario de Aquilino Villegas, Silvio Villegas, Gilberto Alzate Avendaño. Consagrados a una tarea intelectual, sin tener que hacer frente a la medusa de la política, hubiesen dejado libros que honrarían a nuestra patria.

Pero es preciso aceptar que estamos esperando aún ese gran escritor colombiano, total, universal, dado por entero a su tarea, que sea un vigía, un apóstol, un sacerdote de nuevas esperanzas.

Pero considerar como valores definitivos de la literatura a quienes Jaramillo Angel, conduce por el iluminado camino del éxtasis, es puro infantilismo. Naturalmente el autor lo sabe bien. Porque no es lerdo en estas materias que maneja con maestría. Sencillamente ha querido dar todo su noble corazón a esta tarea, olvidando ciertas escalas críticas que son tan necesarias para situar las cosas y también los hombres en un sitio exacto, de claridad y medida, que se acompasen con lo que es en verdad trajinar, vivir, sentir el mundo a través de la fantasía y el ensueño.

Indalecio Liévano Aguirre

Los grandes conflictos Sociales y Económicos de nuestra historia.

Indalecio Liévano Aguirre, tiene bien sentada fama de historiador, serio, responsable, atento a los fenómenos sociales, económicos y culturales de nuestra historia. Lo probó ampliamente con dos libros muy importantes, que le abrieron crédito en nuestro reducido ambiente intelectual: sus biografías de Bolívar y Núñez, están indicando claramente que se trata de un escritor muy poco o nada conforme con cierta manera entumecida de mirar nuestros problemas y el valor de los hombres representativos de lo que ha sido nuestra difícil marcha en la búsqueda de soluciones para un pueblo en crisis, dueño teóricamente de una democracia ejemplar, pero inhabilitado, mental y psicológicamente, para disfrutar de las enormes ventajas que el sistema conlleva.

El autor de esta obra acerca de los conflictos de nuestra historia, es, pues, un estudioso, un investigador responsable, sin lazos con cierto conformismo que no permite encontrar nuevas fuentes para la curiosa investigación humana. A diferencia de otros historiadores, Liévano Aguirre, abandona sendas trilladas, conceptos manidos, repetición de frases vacías, para intentar un encuentro apasionante con nuestro mundo histórico. Y en verdad que ha descubierto horizontes que nadie conocía, o que se mantenían celosamente cerrados al honesto escrutinio mental de gentes con ánimo de hallar la posible verdad en muchos de nuestros acaceres.

Se conforma esta búsqueda con el concepto que nosotros, sin pertenecer a la escala de quienes investigan la historia de nuestro país, hemos sostenido siempre: que no podemos hacer de nuestros héroes una especie de mitos intocables, de teorías bizantinas, sin arraigo en nuestra realidad. Se falsea la portentosa hazaña de nuestros próceres, al pretender presentarlos como a semidioses, sin pie en esta tierra tropical, ardorosa, cruzada de conflictos, dura para moldear.

Ningún beneficio pueden sacar las nuevas generaciones de esos tomos color de rosa donde se vierte una literatura dulzarrona y espesa, fabricada sobre ditirambos. Es mejor ser un poco más alfareros de nuestro barro aborigen, entender el lenguaje de esos hombres que forjaron la patria, pero que, como todo ser humano, también cayeron, padecieron, cometieron errores, y ascendieron después, con su agonía a cuestras, hasta el Gólgota donde un día amaneció la República.

Los historiadores colombianos profesionales tienen la obligación de refutar las tesis de Liévano Aguirre o de aceptarlas. Lo que no cabe aquí es un displicente silencio que a nada bueno conduciría en esto de investigar nuestro pasado. Si en verdad, los hombres claves de nuestra vida republicana, fueron apenas oligarcas, movidos no por una gran pasión nacional, sino por intereses económicos, por sucias monedas o granjerías.

Precisamente lo grave que tiene el sistema un poco pueril de presentar a nuestros héroes como una teoría de mármoles griegos, es que cualquier disidencia a esta falsa galería, se convierte en una enormidad, en algo profano, acaso en una vileza moral. Lo cual no es cierto. Claro está que cada historiador debe tener un criterio propio para juzgar los acontecimientos que confronta. No guiarse por lo ya escrito por otros. Para él los documentos, el dato, la misma anécdota, son instrumentos preciosos y precisos que esperan de su talento, una interpretación, una forma de ingresar al torrente circulatorio de la creación intelectual. Un documento puede ser interpretado de diferentes maneras. Un hecho humano admite varios ángulos de análisis. Pero no reducirlo todo a materia muerta, que pasa de pluma a pluma, de texto a texto, como una monótona repetición.

Por algo se ha sostenido que la historia, en los duros tiempos actuales, no es únicamente campo para viejos, sino viva lección para los jóvenes. Que ellos penetren en sus laberintos, traten de situar los personajes, obtengan un raudal de conclusiones.

Liévano Aguirre ha presentado en cuatro tomos su propia versión de nuestra historia. Por el hecho de no estar acuñada en la misma materia de otras, no es el caso de llamarlo comunista, farsante, enemigo de ciertos sistemas tradicionales de observar esta clase de fenómenos, en los cuales penetra tan hondo el hombre con su carga de pasiones, emociones, esperanzas y cobardías.

En el próximo número del Boletín daremos nuestro concepto acerca de estos cuatro tomos de historia que exigen polémica, examen juicioso, responsabilidad académica en su estudio y revisión.

Carlos Valderrama Andrade

El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro.—Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.

El doctor Carlos Valderrama Andrade, es uno de aquellos pocos escritores colombianos que se ocupan de temas serios y trascendentes. En los cuales se mueve como el pez en el agua. Porque no se trata de un diletante, de un espíritu frívolo o contemporizador. Todo lo contrario. Sabe manejar ideas y especialmente cree en su fuerza trascendente. En una época en que la juventud se refugia en la iconoclasia, en que son pocos los valores afirmativos con los cuales se cuenta para una cruzada anchu-rosa de la inteligencia, Valderrama Andrade, realiza una parábola intelectual verdaderamente interesante. Porque para nadie es un misterio que

todo rueda hacia un materialismo asfixiante, hacia una búsqueda de confort y sensualidad, reñidos en un todo con cierta clase de estudios que, como son los filosóficos, exigen dedicación, temperamento, amor por el humanismo como una noción y una postura vitales en la marcha del acaecer humano.

El brillante escritor ha publicado este trabajo en torno del pensamiento filosófico de don Miguel Antonio Caro que, en cierta medida, agota el tema. Pues, para nadie es un misterio que Colombia no ha tenido un sistema filosófico propio y su contribución a esta clase de conocimientos es casi nula.

En un país sometido a toda clase de influencias foráneas, tanto ayer como ahora, Caro era un católico, ecuménico, poderoso en sus razonamientos. Claro está que, como lo anota el autor de este espléndido libro, la política acaso privó a Colombia de un verdadero filósofo que hubiese podido darnos una filosofía de Hispanoamérica con su propia e intrasferible peripecia. Es el tremendo daño que a los intelectuales colombianos le ha causado el dejarse tentar por la musa vociferante y las engañosas sirtes de la democracia.

Esta obra d Valderrama Andrade, honra a su autor y acrecienta el prestigio humanístico del "Instituto Caro y Cuervo", cuya obra tiene tan sólida reputación en todos los medios del habla castellana.

James J. Parsons, Peh. D.

La colonización antioqueña en el occidente de Colombia.—Versión española de Emilio Robledo.—Imprenta del Banco de la República.

Parece increíble, si no fuera normativamente cierto, que muchas de nuestras propias formas de ser y de percutir sobre el tambor histórico de la nacionalidad, tienen que ser descubiertas por gentes que no han vivido nuestra hazaña étnica, ni han crecido en el ancho solar colombiano. Pero es la escueta verdad. Tal el caso del profesor James J. Parsons, quien, atento al desenvolvimiento de muchas zonas americanas, escribió, como tesis de grado para doctorarse en filosofía en la Universidad de California, esta magnífica monografía del pueblo antioqueño y su testimonio humano en el desenvolvimiento de Colombia.

Libro trazado con insospechable honestidad mental, con afán de escudriñar los componentes étnicos, geográficos, culturales de la raza antioqueña, oracionera, minera, trabajadora en una tierra que fue preciso conquistar palmo a palmo, con tenacidad, sacrificio, orgullo nacional. Este libro condensa como en un gran poema, la historia cierta de lo que son los antioqueños en su tremendo laborar por hacerse un sitio en el mundo.

El autor no anduvo por los cerros de Ubeda en esta investigación. Personalmente fue acopiando materiales de primera mano para su estudio. Recorrió el territorio de Antioquia, bajó al pueblo, conversó con mineros, agricultores, ganaderos, hombres de empresa, para así poder formarse un concepto pudiéramos decir universal, del tema que le preocupaba.

Es la verdadera imagen de una raza, con todos sus accidentes. Una obra de sociología, pero también un testimonio vivo del antioqueño en su manera de ser, conformarse, crear de la nada realizaciones magníficas. No queremos decir que sea un pueblo privilegiado, dentro de la gran comarca de la patria. En absoluto. Todos los colombianos de las diferentes partes de la geografía de la cual está formada nuestra patria, tienen virtudes y defectos, sin que podamos considerar a determinadas regiones como superiores a otras. Lo que pasa con el pueblo antioqueño es que en vez de acostarse a soñar y ver pasar las nubes, se ha hundido en la realidad, ha bregado por una obra propia, ha sabido sacar de la nada (de la obscura e informe materia, la pujante estatua de su progreso. Todo ello sin que haya perdido su contacto con ciertas cosas que dicen relación muy honda con la vida del espíritu, con la marcha del hombre hacia destinos intemporales.

En vez de soñar ha creado; sin tiempo para cogitaciones y lenta urdimbre de sueños, se ha parado en su montaña con el hacha colonizadora y ha plantado pueblecitos, ha construido carreteras, ha descombrado el paisaje hosco, para lucir una ciudadanía fuerte y poderosa, verdaderamente admirable.

Todo esto ha quedado consignado en esta obra que ahora reedita la Imprenta del Banco de la República con toda sobriedad y dignidad editorial.

Es preciso, justicia al mérito, testimoniar una vez más nuestra admiración por el doctor Emilio Robledo, quien, tradujo la obra del inglés y la enriqueció con sus conocimientos del pueblo antioqueño y con el amor que mantuvo siempre por todo lo que enalteciera la cultura de Colombia.

Recomendamos con todo ahinco la lectura de esta obra a los colombianos y especialmente a los estudiantes universitarios.

Gabriel Anzola Gómez

Cómo llegar hasta los campesinos por medio de la educación.—Ediciones del Ministerio de Educación de Colombia.

Muy pocos educadores tienen la idoneidad del licenciado Gabriel Anzola Gómez, en materias concernientes a su tarea educativa. Desde hace treinta años viene consagrado por entero a una obra seria y responsable en estas materias en las cuales no es dado improvisar. Porque si algo requiere la educación cuando esta dice referencia al hombre y su medio, es precisamente que se tome como referencia el ser humano situado en determinada zona geográfica. Ya no es posible elucubrar con teorías europeas, con métodos suizos o belgas, con referencia a la vida del Pakistán, cuando se trata de tomar entre manos la humilde realidad colombiana.

Precisamente una de las causas de nuestros grandes fracasos en materias educacionales, ha consistido en que queremos realizar una obra de esta clase, ayudados de informaciones librescas o con la mente puesta en otros sistemas que, si buenos en determinado país, pueden ser contraproducentes cuando de Colombia se trata.

El nuestro es un país de diferentes caracteres, de zonas muy delimitadas, de múltiples afluentes étnicos, de reacciones diferentes, para que alegremente podamos acumular bizantinismo docente en algo tan fundamental como es el estudio de nuestro ambiente, la forma más conveniente de darnos una cultura, la integración de una política educativa responsable y acorde con nuestra peripecia vital.

Por eso mismo este libro del educador Anzola Gómez, tiene la gran importancia de que constituye el fruto de su meditación en medios rurales y campesinos, cuando su autor estuvo el frente de la dirección de los programas educativos del Centro de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL), en México. Por eso mismo, su experiencia pedagógica hunde sus raíces en la realidad del agro americano, de la secular ignorancia de nuestras masas campesinas, tan abnegadas, tan desprovistas de todo auténtico contacto con la vida como milicia activa, rica en posibilidades para el porvenir.

Anzola Gómez se ha inclinado sobre la tierra americana, allí donde yace una inmensa porción de nuestra población, esperando secularmente una justa redención a su miseria. Y nos cuenta sus confrontaciones y las de sus discípulos con el campesinado, en el cual encuentra inmensas posibilidades para una redención fundamental de su estado de vivir casi primitivo.

Aboga, en su importante obra, por despertar en las gentes el sentido de la solidaridad, de la tolerancia de la obra que realizan todos comunitariamente y que, por lo mismo, tienen perfil propio, algo de nuestra mejor levadura de sueños. Es preciso, en consecuencia, que despertemos de esta ancestral pesadumbre y unidos todos por parecidos ideales, empecemos a caminar hacia metas mejores, ya que el subdesarrollo económico, social y cultural, no podemos vencerlo si no ponemos algo de nosotros mismos en la ponderosa tarea. Todo no puede caer del cielo como el maná bíblico a los israelitas. Pero en cambio, cuánto se puede hacer, si rotos los recelos parroquianos, unidos por el optimismo y la alegría, nos damos a la hermosa tarea de crear escuelas, centros de salud, campos de deporte, todo aquello que forma parte de una comunidad que merezca el nombre de tal.

Esta experiencia entre campesinos mexicanos, también se puede realizar en Colombia, si la acción comunal, por ejemplo, se realizara con responsabilidad, por gentes de vocación, con mística y alto sentido nacional. Que esta acción baje al campesino, lo convoque para grandes realizaciones, pero conociendo bien su idiosincracia, sus reacciones ante la educación que se lleva, sus peculiaridades tipológicas, su apego al paisaje que sustenta su esperanza cotidianamente escamoteada.

Libro honrado, claro y sincero. Verdadero prospecto de acción educativa para realizar entre la gleba sufriendo y que recomendamos tanto a nuestros educadores, como a las gentes preocupadas por la redención nacional.